

NUEVO MEXICO

quienes le regatean las más elementales atenciones pedagógicas. Esto se traduce en el racismo más brutal a medida que va pasando el tiempo.

Después de siete años en ese ambiente hostil, los niños, por regla general, abandonan los estudios. Recientemente, la Comisión de Derechos Civiles comprobó que más del 40 por 100 de los escolares mexicano-norteamericanos dejan la escuela en los primeros grados.

Los indios, con una situación más grave abandonan las aulas mucho antes que los chicanos.

Los «gringos» conocedores y

creadores de esa situación, se aprovechan de ella para exigir mayores requisitos a los que van a solicitar algún empleo. En algunos lugares a veces se exigen diplomas de secundaria para labores para las que ni siquiera es necesario saber leer y escribir. Esa operación se realiza con pleno conocimiento de que la mayoría de los chicanos y de los indios NO tienen los conocimientos que les piden.

Este hecho es utilizado entonces como justificación para decir: «NO somos racistas. Simplemente, NO hay chicanos NI indios que tengan la calificación».

De esa manera tienen un pretexto para traer «blancos» de otros estados y aumentar así el desem-

pleo de las minorías del Tercer Mundo.

Hay muchos chicanos que tratan de obtener empleos en la educación pública estadual, por dos razones: la seguridad de un trabajo y las posibilidades de recibir una paga aceptable.

En Nuevo México, alrededor del 25,9 por 100 de los empleados en la educación son chicanos. Pero esa cifra no debe engañar. El dato incluye a todo chicano que trabaje en el sector, independientemente de la labor que realice.

De ellos, el 19,7 por 100 están considerados en ocupaciones profesionales, aunque la realidad es que la mitad de la empleomanía ocupada en el sector de la educación corresponde a los empleados de servicio, lavaplatos y otras labores.

Así, el porcentaje de esa minoría en el campo de la educación es mucho menor que el número de trabajadores que los «gringos» quieren hacer creer.

Un informe reciente de la Comisión de Derechos Civiles del estado de Colorado comprobó que el 55,5 por 100 de los obreros chicanos trabajan en labores manuales rudimentarias, y el 50,7 por 100 de las mujeres afrontan igual situación.

No importa la forma o el nombre con que se pretenda encubrir la situación de Nuevo México, todas las estadísticas parecen confirmar que ese estado del Sudoeste de Estados Unidos es otra víctima del colonialismo y el racismo. ■ ANTONIO CORDOVA.

Decía el viajero de «Viaje a la Alcarria», cuyo veinticinco aniversario se ha conmemorado en estos días, que «las ciudades las bordearé, como los buhoneros y los gitanos». El libro de Cela, más que la descripción de una región concreta —que puede ser la Alcarria o cualquiera otra de sus características—, es un admirable relato de un viaje por los pueblos de España, por la España de los pueblos. Con el homenaje que ahora se le tributa, no exento, todo hay que decirlo, de cierta retórica, se han puesto de actualidad los pueblos. Y me parece a mí que una forma de sumarse, sin retórica, a ese homenaje es hablar esta semana de los pueblos. No de un pueblo concreto, ni siquiera de un pueblo de la Alcarria, sino en general de los pueblos y de sus habitantes. Desde siempre he sentido yo curiosidad por visitar los pueblos, en cualquier país que haya recorrido. No es que no me interesen las ciudades. También al viajero de la Alcarria le gustaban y, a seguido de la frase que he transcrito al principio, decía: «O no, no las bordearé. Las ciudades hay que cruzarlas a media tarde, cuando las señoritas salen a pasear un rato, antes del Rosario». Pero lo cierto es que, como no soy de pueblo, siempre he tenido debilidad por el viejo principio que nuestros clásicos expresaban con aquello de «menosprecio de Corte y alabanza de aldea». «Claro, lo que pasa es que usted no es de pueblo. Si fuera de pueblo, ya vería usted», me reprochaba en una ocasión un campesino al ver mis manifestaciones de admiración por el pueblo donde él vivía.

Recuerdo que en otra ocasión, yendo con un amigo, expresé de forma demasiado notoria mi admiración por el pueblo de La Alberca, en Salamanca, uno de los más bonitos de España, y unos hombres que estaban en la calle empezaron a bromear respecto de nuestras alabanzas. «No es bonito, no. Muy viejo es lo que es. Por mí, ya se lo pueden ustedes llevar», decían. Sucede en nuestros días que uno se encuentra en las ciudades no pocas personas que afirman que estarían dispuestas a irse a vivir a un pueblo si su trabajo o sus compromisos se lo permitieran. Mientras que es muy raro encontrar a un habitante «de pueblo», a no ser que sea una persona de avanzada edad, que no se muestre decidido a trasladarse a la ciudad a la menor ocasión que se le ofrezca. El problema está en que los que en la ciudad expresan su vocación ruralista nunca cumplen sus promesas, al paso que los otros,



LA ESPAÑA DE LOS PUEBLOS

los que anuncian el viaje contrario, no dejan casi nunca de cumplirlas.

La impresión que se saca de un recorrido por los pueblos de España es que, en su conjunto, y a pesar de lo que se diga del «desarrollo» y otras maravillas de la moderna ciencia económica, el país ha perdido considerablemente; quiero decir, que su situación ha empeorado sensiblemente. Los pueblos o, en muchos casos, lo que queda de los pueblos ofrecen muestras de excelente construcción, con edificios sólidos y muy bonitos, jardines y alamedas para el público esparcimiento y, en general, un urbanismo muy bien concebido, del que no encontramos ya ejemplos en nuestra época. Dando una vuelta por uno de los pueblos que comúnmente se llaman «buenos», es decir, que son o han sido ricos y prósperos, se comprende en seguida que en ellos se vivía mucho mejor de lo que ahora se vive en los barrios que se han construido en las ciudades para los que abandonaron los pueblos. Casi todos los pueblos del grupo de los considerados «buenos», es decir, de los que no eran aldeas o pueblos pequeños, han perdido su prosperidad en nuestra época. Para un pueblo que se encuentra de los que la gente puede decir que «van para arriba», se ven diez «que van para abajo». No faltan pueblos que, bien por haber sido beneficiados por los planes estatales o bien por la iniciativa de sus habitantes, han conseguido

que se instale allí alguna industria, de forma que sus habitantes tienen la sensación de haber mejorado o de estar, como se dice ahora, «en vías» de mejora. Pero la mayoría de estos pueblos han perdido su antigua prosperidad. Sus medios de vida, la industria tradicional, la agricultura, la ganadería, están arruinados. La gente se ha marchado a la ciudad en busca de lo que se suele llamar «la sociedad de consumo», que Camilo José Cela definía el otro día acertadamente diciendo que «es una sociedad que consume al hombre», y el pueblo ha caído en un triste estado de abandono.

En cuanto a las aldeas, o a lo que antes se llamaba ya «pueblos de mala muerte», su estado es ya físicamente de necrosis urbana. No queda en ellos nadie, o peor que nadie, quedan algunos viejos con los que da pena hablar. «Los jóvenes se han marchado. Aquí nos quedamos los que no valemos para otra cosa», me dijo un día un anciano. A un pueblo que tenía no hace mucho tiempo seiscientos habitantes no le quedan más que cien, y en su censo no hay más que cuatro personas jóvenes. «Este año —me dijo un cura en otro pueblo— no he tenido más que un bautizo». Existen, naturalmente, grandes diferencias, según las regiones de que se trate, pero puede decirse que esta sensación de abandono es la norma general para toda España, salvo algunas zonas donde los pueblos han dejado de ser pueblos en el sentido tradicional y se han convertido en ciudad o se han integrado en una ciudad. La tendencia a abandonar los pueblos no se ha interrumpido. «Este año hemos perdido seis familias», oye uno decir. «Dentro de poco tendremos que cerrar el pueblo y toda la comarca. No quedará nadie», dicen. Paralelamente se observa en las ciudades, y sobre todo en las grandes ciudades, una cierta nostalgia del campo. «Si yo pudiera...». «Si yo encontrara un trabajo en el pueblo...». Pero de la ciudad no vuelve nadie, salvo, en el mejor de los casos, para pasar la tarde del domingo en el triste sucedáneo de lo que fueron los pueblos: la parcela comprada en «cómodos plazos». La aspiración a ese rincón de luz y de aire limpio expresa algo del drama del hombre de hoy. Pienso que si Camilo José Cela volviera a la Alcarria, a las alcarrias, sus conclusiones serían bastante más amargas que las que se obtienen del libro, cuyo veinticinco aniversario se conmemora estos días. ■ LUIS CARANDELL.